

Luis Alberto Sánchez

La tierra del Quetzal

Y EL HOMBRE FUÉ HECHO...



TODOS los pueblos se han explicado de algún modo—a su modo—la aparición del Hombre. Guarda armonía la leyenda con los medios naturales al alcance. Serán dioses-pájaros, en frondas ensordecidas de gorjeos; dioses-peces, a orillas del mar; dioses-cumbres, en las comarcas montañosas; dioses-piedras, ahí donde la roca impone su majestad; de arcilla, en países desérticos; de maíz, cuando el alimento primordial es la sávida mazorca (el tierno choclo de los Incas, el amarillo elote de los Nahuas). La civilización cristiana borró aquellas diferencias para reducirlas a una explicación monoteísta. Dios es Dios, y el hombre su cantor—según dispone la Escritura. Pero, hubo, entre todas las cosmogonías, una en la que Dios sufrió a su criatura, y se rindió ante ella, crítico de sí mismo, para depurarla y mejorarla: ése fué el Dios de los cakchiqueles y mayaquichés, único entre todos.

Conozco un delicioso cuento de Rainer-María Rilke, titulado «*Las manos del buen Dios*», en que el

Creador confiesa su humano descuido. Estaba preocupado forjando la más delicada de sus criaturas, a quien amasaban sus manos sapientísimas, cuando distrajo su atención un conflicto surgido allá abajo, en uno de los planetas. Mientras el Señor atendía al insólito alboroto, descuidáronse las manos, y la incompleta criatura se escurrió de entre sus dedos, cruzó los espacios, y era ya una sombra, especie de paracaidista palingenésico, cuando los ojos del Buen Dios repararon en ella. No era ya posible detener su caída.

La sombra aterrizó velozmente en la Tierra. Y es por eso, comenta piadosamente Rilke, por lo que el buen Dios no perfeccionó al hombre ni acaba de conocer íntimamente su pecadora índole.

El buen Dios del escritor checo contemporáneo, ese Dios que se descuida y falla como un hombre, tiene un antecedente remotísimo. No entre los clásicos credos occidentales; sí en una ignorada y rara cosmogonía: la de los mayaquichés. No se encuentran en ella analogías levantinas; similitudes bíblicas. A pesar de haberla recogido y adulterado un sacerdote católico, mantiene su bravía originalidad, su colorido vernáculo. Sin ello sería imposible explicarse el genio del pueblo guatemalteco, ni el acento misterioso, simbólico, tachonado de alegorías de su literatura, absolutamente distinta a todas las del Continente.

* * *

Vivía, a principios del siglo XVIII, en Santo Tomás Chuilá o sea Chichicastenango, un fraile dominico, llamado Francisco Ximénez, cura del lugar. Obsérvese, al paso, que la villa tenía nombre compuesto: cristiano (Santo Tomás) e indígena o idolátrico

(Chuilá): así ocurre con multitud de poblaciones guatemaltecas.

El P. Ximénez había nacido en Ecija, hacia 1666, y llegó a Guatemala a los veintidós años, resuelto a ganar almas para la gloria del Señor. En 1694, sus superiores le despacharon a catequizar indios. Fué cura de Chichicastenango entre 1701 y 1703; de Xenacoz, en 1715; de La Candelaria, entre 1718 y 1720, y de Sacapulas, entre 1721 y 1728, que es cuando trabajado por recuerdos y cansancios, escribió su famosa *Crónica*. Regresó a la parroquia de La Candelaria en 1729, probable año de su muerte, a los 63 de edad: de los cuales más de la mitad transcurrieron entre indígenas.

El P. Ximénez fué autor de un *Tesoro de la lengua Cakchiquel, Quiché y Tzutahil*, y de *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala*, datada en 1722-1729, la cual fué impresa en tres volúmenes en Guatemala, entre los años de 1929-1932. En ella incluyó el *Popol Vuh*, que, como *Las Historias del Origen de los Indios de esta Provincia de Guatemala* que, separada del grueso de la obra, se publicó en Londres, en 1857. Por aquel entonces, el abate francés Brasseur de Bourbourg había puesto en boga los mitos y leyendas mayaquichés.

En una de sus andanzas por Guatemala, durante su estada en el pueblecito de Rabinal, consiguió que un nativo anciano le recitara y copiara todo un drama legendario, *El Rabinal Achi*, que publicó en francés y quiché (París, 1850); y poco después tradujo, también a su idioma, *Le Livre Sacré et les mythes de l'antiquité américaine, avec les livres héroïques des quichés* (París, 1861). Las tradiciones de los antiguos guatemaltecos ingresaron al campo de las más viejas

cosmogonías. No obstante, circulaba la vehemente sospecha de que el P. Ximénez las hubiese adulterado a fin de armonizarlas con el credo católico: había sido así.

Los incrédulos, que tienen por inspiración su ignorancia, debieran cotejar lo dicho con algunos otros documentos. Sería recomendable que leyesen, o, al menos, husmeasen el *Memorial de Tecpán-Atitlán*, por Francisco Hernández Arana Xahilá, nieto de uno de los Reyes Cakchiqueles; especie de Garcilaso Inca, pero sin gracia literaria; libro continuado por Francisco Díaz Gebuta. Queh—otro indio—familiar de aquél. El *Memorial* abarca hasta 1597. Convendría agregar *El Libro de Chilam Balam de Chumayel* y sus pares, de abstruso estilo, pero de sabrosos datos. Y, muy principalmente, porque la verdad se entra por los ojos con más facilidad que por la inteligencia, las preciosas reproducciones de los *Códices mayas: Dresdensis, Peresianus, Tro-Cortesianus*. Reproducidos y desarrollados por J. Antonio Villacorta C. y Carlos A. Villacorta de la *Sociedad Geográfica e Histórica de Guatemala* (Guatemala. C. A., 1933). Con tales elementos y la edición del *Popol Vuh*, por Adrián Recinos (México, 1947) se desvanecerán las dudas que la jactancia europeizante haya sembrado en cualquier entendimiento poco propenso a admitir bellezas y ciertos en los indios de América.

* * *

Aunque la invención y el ensueño, lejos de perjudicar, favorecen a una Nación, cuando se combinan armoniosamente en sus inicios, más favorece la exac-

titud. Los citados códices (*Peresianus Dresdensis* y *Tro-Cortesianos*) constituyen documentos inapelables de bienprobanza acerca de la veracidad de muchas versiones circulantes sobre los primitivos quichés. Prescindo, por eso, de obra tan robusta como es la de *Sylvanus Morley* (*La civilización Maya*, 1.^ª ed. en inglés, 1933; 1.^ª en castellano, México, 1947), y me limito a estos testimonios más directos. Veámoslos rápidamente.

Los Códices son verdaderos libros en hojas de maguey, dobladas en forma de biombo, conteniendo caracteres criptográficos, parecidos a los cuneiformes de los caldeos, y jeroglíficos, semejantes a los egipcios. Hay plausibles intentos de descifración. Los tres códices que nos ocupan tienen sendas historias.

El *Dresdensis*, llamado así por estar en Dresde, fué hallado en el Petén. Lo adquirió en 1739, J. Christian Gotze, de Viena, quien lo donó a la Biblioteca Pública de Dresde. Consta de 39 hojas dobladas; estuvo sometido al examen de Alexander von Humboldt. Lo comentaron en 1906 Selma Wesselhoeft y Miss M. A. Parker; después se tradujo al castellano.

En este y los otros códices se ve que los mayas supieron calcular el año con una diferencia de un día en cada 2,148 años; mientras que hoy esa diferencia de un día se produce cada 3,385 años. El período lunar lo calculaban con error de un día cada 500 años. Conocieron el cooperante valor del 0 (Cero), nada menos que mil años antes que los Indos, quienes lo descubrieron entre los siglos VI y VII. Tales son los comentarios de H. J. Spinder, en su *Importancia de la antigua civilización maya* (1926) — El código *Peresianis* se encuentra en la Biblioteca Nacional de París, de donde deriva su nombre; lo publicó León

Rosny, en 1888. El Códice Tro-Cortesiano deriva del nombre de don Juan de Tro y Ortelana, de Madrid, quien lo entregó a Brasseur de Borbourg, en 1869-1870; y de la creencia de que perteneció primitivamente a Hernán Cortés, según la versión de don José Ignacio Miró, de Extremadura, cuya es la edición de Madrid, 1892. Los tres han sido reunidos en la ya citada edición moderna de los Villacorta, 1933.

Estos datos sirven para ratificar el contenido y validez históricos del *Popol Vuh* y, en general, de todos los relatos prehistóricos de los Mayas, dueños de una de las civilizaciones más refinadas del mundo.

Si los Incas, con su poderosa estructura administrativa y social fueron los romanos del Viejo americano, los Mayas fueron los griegos. Si los Incas fueron los dóricos, los Mayas fueron los corintios, arquitectónicamente hablando. Si los Incas fueron los clásicos, los Mayas fueron los románticos. Si los Incas fueron sobrios, los Mayas fueron opulentos. Si el estilo de vida y arte incaico resuda clasicismo, el de los Mayas rebalsa barroquismo. Los Incas lucen como conquistadores; los Mayas, contemplativos. Catequistas pudieron ser los Incas; místicos, los Mayas. Y todas estas evidencias, que definen dos formidables grupos de culturas americanas se traslucen como en ninguna parte en la magnífico texto del *Popol Vuh*, la Biblia americana.

Para su breve exposición hemos tomado el texto depurado de Adrián Recinos, *Popol Vuh, Las antiguas historias del Quiché. Traducidas del texto original, con una introducción y notas por...* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1947. Nos parece la mejor.

* * *

El *Popol Vuh* recibe también el nombre de *Libro del Consejo* y *Libro común*. Más valdría traducir escuetamente: «Escrituras».

Oigamos, si no lo que dice el P. Ximénez:

«Esto lo escribiremos ya dentro de la ley de Dios, en el Cristianismo, lo sacaremos a luz, porque ya no se ve el *Popol Vuh*, así llamado, donde se veía claramente la venida del otro lado del mar, la narración de nuestra oscuridad y el conocimiento claro de la vida. Existía el libro original, escrito antiguamente, pero su vida está oculta al investigador y al pensador».

¿Quién escribió este famoso libro?

Ha quedado descartada la hipótesis del Licenciado J. Antonio Villacorta sobre que fuera Diego Reynoso, indio quiché, el padre del célebre *Manuscrito de Chichicastenango*, como también se llama al *Popol Vuh*, por el lugar en que fué hallado. Recinos rechaza la conjetura con sólidas razones. Mas no es éste el asunto principal. Interesan los rasgos característicos de la obra.

Se trata de una recopilación de antiquísimas tradiciones indias, contemporáneas de la época de la caída del Viejo Imperio Maya. Su valor histórico está reconocido por todos los narradores de la primitiva Guatemala, entre ellos por don José Milla, quien en su *Historia de Centroamérica*, (tomo I, Guatemala, 1879; reed. Guatemala, 1937) acepta la nómina de los catorce reyes quichés del *Libro*; la división del reino en calpules o barrios (entre los Incas, había división en provincias o *suyus* y barrios o *sayacs*) y su nomenclatura desde el primer rey *Balam Quitzé* hasta—ya fuera del alcance del *Popol Vuh*—Juan de Rojas y Juan

Cortés, últimos monarcas nominales de los mayaquichés.

Abarcaba el reino quiché (que quiere decir «muchos árboles»; en nahuatl, la palabra equivalente es Quauhtemallan (Guatemala) o sea país montañoso, desde el Mar Pacífico hasta los confines del Petén, tierra de los Itzaes; se aglutinaban ahí los Mames, de Huehuetenango; los Zutujiles, de Atitlán; los Pocomammes, de México; los Pipiles, del Pacífico, todos los cuales combatieron a los españoles, mientras que los pulidos Cakchiqueles se rendían. Tal vez el secreto de aquel valor residiese en la materia de que fueron hecho los quichés: maíz.

Porque tanto Balam-Quitze, como Balam-Acb, Mahucütalo e Iqui-Balam (el hombre) fueron creados de médula de maíz. El misterioso cronista indígena lo asevera solemnemente; en las primeras palabras del *Popol Vuh*.

«Este es el principio de las antiguas historias de este lugar llamado Quiché. Aquí escribiremos y comenzaremos las antiguas historias, el principio y el origen de todo lo que se hizo en la ciudad de Quiché por las tribus de la nación quiché».

Emprenden la narración el «Abuelo y la Abuela, cuyos nombres son Ixpiyoc e Ixmucané» (en maya significa «viejos»). He aquí lo que los ancianos refieren:

En el principio Tepeu Gucumatz se hallaba «en el agua rodeado de claridad». «Cuando amaneciera debía aparecer el hombre».

Gucumatz es llamado después Cuculcán, nombre maya del Quetzal Coatl.

El Creador no está, como en el «Génesis» en medio del caos y las sombras. Al contrario, vive «en el agua y rodeado de claridad». El agua es, por tanto, como

corresponde a una nación de lujuriente vegetación, elemento primordial. Sin agua no existe ni el Creador, ni la luz; reemplaza al Caos bíblico; y se acompaña de «claridad», porque agua y sol han sido los elementos indispensables para que los árboles y los frutos crezcan y maduren. He aquí un mito que se respeta a sí mismo; que hace a la realidad, sueño, para extraer de la realidad vuelta principio alegórico las verdaderas alegorías que luego se transforman en realidades.

Aparecen luego la tierra, los árboles, los montes; los animales; entonces se aleja Gucumatz. Creadas las cosas el quiché no estima necesaria su permanencia. El mundo es soberano: la Providencia no es indispensable.

Ocurren otros acontecimientos elementales. Todas las criaturas deben alabar a su Creador. Los animales no aciertan a nombrarlo: sus rugidos, balidos, ladridos, guturaciones y clamores, no aciertan en modular el nombre de su Señor. En castigo son condenados a morir y ser devorados. Pudieron ser como el hombre: les faltó la palabra. ¿No hay acaso en esta deificación del verbo algo encantadoramente refinado, tiernamente ejemplarizador? Los mayas conciben al dios y a los animales en función del hombre, sólo del hombre y sus facultades. El mundo quiché fué hecho para alabar a Dios, por haber creado al hombre.

De ahí que la tarea de crear al hombre sea la que caracteriza a Dios.

Y el Dios se afana en hacerlo perfecto. No acierta al primer intento. Gucumatz es falible. Pero, falible y perspicaz, se corrige a sí mismo. Ama y busca la perfección. Sabe que la puede hallar. Es un Ser Supremo terriblemente lúcido y analista. Ha puesto, por eso,

toda su potencia en la que debe ser su obra maestra, la que justifique su creación, la que ha de perpetuar su nombre por los siglos de los siglos: el hombre.

Lo hace, la primera vez, de lodo, de tierra de lodo, como el bíblico. Apenas se pone en contacto con el agua, la criatura señera de deshace. Es muy blando y, por tanto, perecedero. ¿No hay una implícita e ingenua crítica a la Creación del Génesis? Un hombre de barro, un hombre de polvo que «in pulvis reverteris», no estaba a la altura de Gucumatz.

Lo dejó perderse. Empezó un segundo intento. Esta vez escogió como material, la madera. El cronista indio dice que esta segunda criatura «hablaba como hombre», de lo que inferirán intonsos exégetas que el hombre habíase preexistido a sí mismo. Hay una petición de principio en crear un hombre que «hable como un hombre», el cual no existía.

Dejemos en paz a los ingenuos memorialistas de la Viejísima Edad.

La lengua era indispensable—recalquémoslo—porque la función del hombre tenía que ser cantar a su Creador. De no, seguiría la suerte de los animales: sacrificio y devoración. ¿No será esta la justificación de la antropofagia, ejercida contra seres que nunca supieron cantar a Dios... según sus matadores? Gucumatz pensó en darle una compañera a su hombre de madera, e hizo a la mujer de junco o espadaña. Ella era flexible. El, demasiado rígido. Los animales, zahoríes, se sublevaron contra el hombre de palo. De paso, comentemos que, según el Libro, los monos son descendientes de los hombres de palo, donosa apostilla a Darwin y su teoría sobre la evolución de las especies. Dios decide destruir al hombre de palo.

Así procede el Creador quiché con sus hechuras cuando falla. En su divina piedad perdona a la prole de movimientos automáticos, incapaz de cantar las glorias de Gucumatz, inepta para realizar algún movimiento ágil; rígida, automática, simiesca.

Pero, ocurre entonces algo extraordinario. Vacub-Caquix, especie de dios menor, se retuerce de dolor. Los dioses también tienen sufrimientos humanos, tanto en la cosmogonía helena como en la maya. Prosaico mal: las muelas. Gucumatz permite que el primer odontólogo o el proto-barbero surja para remediar las torturas de Vacub-Caquix. Le extraen las doloridas muelas, y hallan que las tiene agusanadas. Como tampoco los dioses pueden subsistir sin muelas, se procede a la primera operación mundial de prótesis dental. A falta de otro material, sustituyen las piezas podridas por otras de maíz blanco. De paso se narran las peripecias de Zipacná, especie de Noé, adicto al mosto, si lo hubo...

Gucumatz decide en esa coyuntura llevar a cabo su tercero y último ensayo concerniente al hombre, para quien había erigido el aparato del Universo. Gucumatz insiste: necesita quien le celebre. Y como el barro, por blando, y la madera, por dura, son inapropiadas, escoge el maíz blanco, de que abundan los campos, y así crea al Hombre. ¡Dichoso tercer ensayo, coronado de éxito! Esos Hombres de Maíz se multiplican, bajo la aprobadora mirada de Gucumatz. Alaban a su Creador. Actúan en su servicio. Ordenan un mundo dedicado a servir a Dios. La Creación ha terminado. Y ahora, sí, ahora, cuando en la Biblia nace el día, en el *Popol Vuh* puede empezar la noche. Gucumatz no gustaba trabajar entre tinieblas: Su criatura ha sido obra de luminosidad, de clarividencia.

¿No es acaso lo exacto cuando la deidad se corrige, analiza, rectifica y al cabo perfecciona sus proyectos?

Comparada con cualquier otra versión del Génesis, incluidos los mitos helénicos, brahmánicos y hebraicos, el de los mayaquichés presenta a un Dios lúcido y sobrehumano: su gloria no descende de lo alto; crece de lo bajo, depurando y exaltando las cualidades humanas en un perfectivismo que consigue apoderarse de la chispa divina. Si a alguien puede ser comparado Gucumatz, es a Prometeo, pero no raptor del sino Captor del Fuego Sagrado.

* * *

Volvamos a las historias.

En el *Libro de Chilam Balam de Mani* se refiere el origen del mundo y del reino, como debido a la feliz partida de Cuatro Tutul Xiucs, desde la casa y comarca de Nonoual.

El *Libro de Chilam Balam de Chumay* refiere que el imperio se dividía en cuatro partes: la de Oriente, la del Norte, la del Este (con la cueva de Zuyoa) y la del Sur (con el Cerro de Caneta).

¡Cabales analogías! las leyendas sobre el origen de los Incas del Perú mencionan la cueva o posada de Pacaritambo o Tampuctocco, como lugar de partida; el cerro de Huanancaure, como punto de arribada; de cuatro hermanos Ayar, como adalides; y de cuatro (Tahua) partes (suyus) en que se dividió el Imperio (Tahuantinsuyu).

Disto de pensar que existiera comunicación entre ambas civilizaciones, no obstante de que, seguramente, la hubo, y hasta se presume que los Zapotecas y Mixtecas, de sangre nahua, pudieron fundar algunos

pueblos en la costa septentrional del Perú (Eten, Paiján, Chocope, Chanchán, Lambayeque, etc.). Me basta con señalar la coincidencia, cuyo epicentro es el carácter simbólico del número 4 (4 extremos tiene la Cruz, cuatro puntos cardinales, cuatro lados la superficie, etc.), a lo que se agrega la simbología del 3, y de lo que resulta, puesto que 3 más 4 dan siete, la simbología del 7.

Los mayaquichés, pueblo de astrólogos y matemáticos, tendían naturalmente a expresarse en números y nombres teleológicos, o finalistas. Una nación de sabios y hechiceros tiene que ser así.

Los fundadores, según el *Libro de Chilam Balam de Chumay* se movilizan hacia la península de Yucatán o Chichén Itzá. La primera dinastía quiché se remonta a más o menos el año de 1054 (de J. C.), paralelamente a la cronología asignada a Manco Cápac. La dinastía quiché rememora la que Montesinos, prolongando hacia el pasado la estirpe de los emperadores peruanos, recogió en sus discutidas y fabulosas *Memorias Antiguas Historiales del Perú*.

La historia documental (por ejemplo la de José Milla, quien, no olvidemos, fué eximio novelista) refiere que el reino Cakchiquel de Tecpán Quauhtemalan contenía ochenta volcanes, veinte lagos y hasta treinta ríos.

Quizás su primer poblador fué Votán (¿Wotán germánico?) a quien se atribuye sangre asiática. Vinieron luego los Nahoas o Toltecas, cuyo caudillo llamóse Quetzalcohuatl (la serpiente con plumas de quetzal), a quien también nombraban Gucumatz o Cuculcán, vencedor de Xijalpa. La peste y el hambre derrotan a Gucumatz, y le obligan a retirarse a Copantl (Honduras). Después, sólo después surgen los

poderosos quichés, cuyo primer rey fué, según se ha dicho, Balam Quitzé.

Hubo otro rey, de nombre Gucumatz, bajo cuyo régimen ocurrió una feroz revolución interna, por lo que trasladó la capital a Utatlán.

Lo que sobreviene es menos interesante: empieza la época histórica, la nauseabunda época histórica con sus innumerables comprobaciones...

* * *

He viajado por Guatemala, escudriñando las hazañas de Gucumatz. Me lo he encontrado en un libro de Miguel Asturias (*Leyendas de Guatemala*), lo más orgulloso y pintiparado, parlero y aleteador.

Allá, en aquel escenario ciclópeo, junto al Lago de Atitlán, he ido—en la agorera compañía de Flavio Herrera y del cubano Enrique Serpa—siguiendo los rastros bilingües y bidextros de las dos culturas rivales. Lo proclaman, sin más ni más, los mixtos nombres de los pintorescos y miserables poblachitos, a casi 3,000 metros de altura: Santiago de Atitlán, Santa Catarina de Polopó, San Antonio de Palopó, Santiago de Sacateque, San Lucas de Sacatequez, etc.

He visto disecado al Quetzal. He leído, también disecada, la fábula de la «serpiente emplumada» en la obra de D. H. Lawrence. Nada me ha dejado la huella que el primitivo *Popol Vuh*. Libro formidable, verdad más formidable que el libro; explicación incomparable del origen de los hombres; presentación de un dios analítico y falible, pero corregido sólo por sí mismo; creación lógica, en que la Obra se rodea de luz para acertar, no de sombras para errar, y, sin embargo, yerra dos veces; estupenda teoría en que

el verbo, la facultad de hablar, es lo característico de la superioridad humana; fina galantería para la mujer a quien Gucumatz fabrica de espadaña o junco, cuando el varón fué construído en rígida madera: todo eso y mucho más encierra el más profundo, original y sugestivo libro de la protoliteratura americana; la más lúcida y pintoresca de las cosmogonías de todas las literaturas.

Y bien, ahora, pensándolo y repensándolo ¿cómo y por qué en tan remota tierra?

La Serpiente emplumada, el fecundo Gucumatz se lanza a los espacios para redescubrir su propio mundo.